

á prepararse para los oficios, llamaba á la sala de los consejos con el nombre denigrante de celda de los esclavos. Así decia el Talmud «que la dignidad pontificia se daba mediante dinero y cambiaba de personas todos los años.» De suerte que el sumo sacerdote de Jehová, el que representaba la tradicion bíblica, el que sucedia á los Patriarcas, el que oficiaba en el templo de Salomon, el que era depositario único de las mas primitivas ideas respecto á la unidad de Dios, habíase convertido por una degeneracion propia de todas estas dignidades y de todas estas instituciones, cuando llegan á su agonía, en vil adorador de un César, el cual se llamaba á sí mismo Dios en los vértigos de su soberbia y tenia adoradores y templos, esclavizando á los únicos sacerdotes y oprimiendo á los únicos pueblos que adoraban al Eterno en espíritu y en verdad. Así mueren las instituciones mas altas. Así las decadencias irremisibles llegan hasta las interioridades del alma. Así degeneran colegios de sacerdotes que han consolado á tantas generaciones desgraciadas y que han servido á tantos progresos grandiosos. Así caen de lo alto, las ideas mas sublimes y se truecan tristemente en lo contrario de lo que fueran á sus comienzos. Así el patriarcado de Abraham pasa á Pontificado de Caifás. Así el pueblo, que ha oido tronar á Dios en las zarzas del Oreb, oye ahora relinchar al caballo romano en las puertas del templo de Salomon. Así llegan los profundos decaimientos de las mas altas instituciones. Tales son las irremediabiles tristezas de la historia.

Dos capitales acusaciones se dirigian contra Cristo, la una derivada de sus arengas en el templo y la otra de su presentacion como Mesías al pueblo. La primera de las acusaciones le delataba como enemigo de la religion judía y la segunda como enemigo de la autoridad romana. Por la primera aparecia reo de blasfemia ante el sanhedrim; por la segunda reo de conspiracion ante el pretorio. Los religiosos, los fieles, decian haberle oido que destruiria el templo y lo reedificaria en tres dias; los políticos, los cortesanos del poder, decian haberle oido llamarse á sí mismo rey de los judíos. Blasfemia grande la primera ciertamente á los ojos de aquellos que temian ver en riesgo por una imprudencia su autoridad sacerdotal; grave amenaza la segunda á los ojos de aquellos que sabian cuán receloso de toda conjuracion y cuán amigo de su autoridad era el duro y pérfido Tiberio. El peligro se agravaba, y de consi-

guiente el temor crecia, en aquellas circunstancias, en medio de una fiesta nacional, entre el concurso de tres millones de judíos, los cuales soñaban á una con redimir á su patria y vengar á su Dios. Jesus, que en toda su predicacion se recatara mil veces con prudencia, y huyera la persecucion y el peligro con sigilo, en aquel momento, oyendo la voz divina de su vocacion sobrehumana, predicaba delante de los fariseos, y circuido de las muchedumbres, en el pórtico mismo de la casa santa que servia de albergue á las tablas de la ley antigua. Antes el Salvador esquivaba los soldados de Herodes; ahora, despues de su entrada triunfal en Jerusalem y de los comienzos de su pasion, buscaba á los soldados de Pilatos. Al iniciar su predicacion, le seguia el pueblo; ahora él sigue al pueblo. Como dice San Marcos en el capítulo tercero de su Evangelio, perdíase Jesus en el desierto cuando los fariseos de Caifás y los cortesanos de Herodes tramaban su perdicion y su ruina. Despues de la degollacion de Juan acudió á un pueblo ribereño, á Cafarnaum; y mas tarde á Betsaida, á Geneser entre Tiro y Sidon, á Magdala, á otros puntos cercanos á los últimos confines de Judea, por las orillas del Jordan y de los lagos, cerca muchas veces del mar. ¡En cuántas ocasiones refugiábase á las barcas de los pescadores y pedia á los vientos y á las ondas un asilo negado por el duro corazon de los hombres! ¡En cuántas ocasiones se internaba por las cavernas de diez y ocho millas, que unian tierras apartadas entre sí, y que resultaban asilos seguros de su oracion y de su idea! Si la energía de los suyos desmayaba, excitábala con la penitencia y con los ayunos y con la soledad, á fin de que las tentaciones del cuerpo no contrastaran los movimientos del alma. «Las alimañas de los bosques, decia, tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos; y el hijo del hombre no tiene una piedra donde reclinar su cabeza.» Y en el momento de su pasion y muerte; en la hora de mayor peligro; en la fiesta solemne de la Pascua, el penitente de los desiertos, el profeta parecido al Bautista por sus largos recogimientos á las orillas del Jordan, se presenta al pueblo y en el templo. No tenia remedio; iban de consuno á perseguirle el miedo de los fariseos á la crueldad de Tiberio y el miedo de Tiberio á la insurreccion de Judea. La mitad de las crueldades, que manchan la historia, siempre las ha cometido el miedo.

Segun dice San Lúcas en el capítulo décimo de su Evangelio, al acer-

carse la Pascua, no contento Jesus con los doce discípulos predilectos, escogió setenta y dos mas, enviándolos á las poblaciones y diciéndoles, segun San Marcos, estas sublimes palabras: «Os envió como corderos entre lobos; sed cautos cual serpientes y sencillos cual palomas.»

Despues de esta mision, y al dia siguiente de su triunfal llegada á Jerusalem, dirigióse al templo, y entró en medio de la emocion universal, tranquilo como si estuviese absorto en sobrenaturales contemplaciones; cruzados los brazos sobre el pecho como para contener y ahogar los látidos de su corazon; radiosa la frente con aquella mística aureola que irradiaba resplandores en los cuales se han abrasado, como leves mariposas, tantas y tantas almas; y dirigióse á la teba, ó mesa donde se deponian los libros santos, y comenzó á enseñar la palabra de Dios. Entonces los fariseos, temerosos de que tan ardiente palabra encendiera los ánimos y suscitara perturbaciones, mucho mas temibles que en ningun otro tiempo en los dias de Pascua, preguntáronle por sus títulos y sus derechos para dirigirse al pueblo. Y Jesus les contestó que se los presentaria cuando ellos le dijesen si el bautismo de Juan sucedió por divina ó por humana ordenacion. Suspendiéronse á tan extraño problema los grandes sacrificadores, y recapitaron, reconcentrando en lo interior el pensamiento, que si decian por divina ordenacion, argüiríales Jesus de inobedientes á Dios por no haberle seguido, y si por humana, de contrarios al pueblo que aun creía y adoraba en su profeta. Y buscaron el expediente fácil de burlar la cuestion diciendo que no podia tratarse entonces de Juan y su mision, sino de él, de Cristo y sus predicaciones. Y les respondió el Salvador con aquellos apólogos, los cuales contenian la esencia de su doctrina como el calor contiene la miel de las flores. Y habló de dos hijos que recibieron de su padre el mandato y el encargo de trabajar en las viñas, y de los cuales el uno, despues de haber rehusado largo tiempo ir, fué, mientras el otro, despues de haber convenido en ir, no fué; alusion á quienes le imputaron un dia tardanza por comenzar sus predicaciones y luego le abandonaron y aun le persiguieron. Por todo lo cual, Jesus da rienda suelta al espíritu democrático que alienta á su persona y que vivifica su doctrina contando la parábola de aquel rey que convidara muchos poderosos á la boda de su hijo, y como no asistieran, envió á sus criados á que recogieran las gentes encontradas en las calles al acaso y

las condujeran en tropel, y sin preguntarles siquiera por sus nombres, á la honra y al goce del festin.

Oyendo estos apólogos morales tan contrarios al sentido estrecho con que el materialismo farisaico destruia la ley; viendo estas tendencias republicanas de un jóven galileo no permitidas en Roma, ni á los patricios romanos, debieron los sacerdotes temblar y estremecerse por sus privilegios teocráticos, y decidir la perdicion del reformador que podia concitar contra ellos las iras exterminadoras del César. Y Jesus redoblaba en su contra las invectivas, cuando decia que gustaban del primer lugar en los festines, del primer asiento en las sinagogas, del primer saludo en los mercados, y les reconvenia por llamarse á guisa de reyes, señores, cuando solo debe haber para los hombres, iguales en naturaleza, un Señor, nuestro Dios que está en los cielos; y terminaba con estas elocuentísimas palabras: «Sois dignos descendientes de los que inmolaron á los profetas; Jerusalem, Jerusalem, que matas á los santos y apedreas á los enviados á tí, ¡cuántas veces he intentado reunir tus hijos dispersos, como la gallina sus polluelos, y no lo has consentido!» Indignados los judíos, cogieron piedras para arrojárselas, y Jesus les dijo que habiendo hecho tantas buenas obras, en nombre de su padre celestial, ¿por qué lo apedreaban? Y ellos le respondieron que no le apedreaban por sus obras, sino por sus palabras; porque siendo hombre mortal, se llamaba á sí mismo Dios. Y Jesus, extrañado de estas reconveniones, respondió con una pregunta en verdad sencillísima: «¿Pues no dicen los salmos que somos igualmente todos hijos de Dios?» Al considerarle tan sereno en medio del peligro, tan pronto á la respuesta, tan sublime en sus sentencias, sonriente cuando todos se enfurecian, superior á las pasiones humanas cuando todos á sus iras se entregaban; muchas gentes del pueblo se sintieron tocadas en el corazon por aquella avasalladora dulzura y comenzaron á decir que si el Mesías llegara de veras no hiciera tantos milagros ni tantas maravillas como aquel hombre. Y hubo una gran diferencia en el pueblo de Jerusalem por su causa, pues mientras unos gritaban que le prendieran, otros se interponian entre su persona y los que le amenazaban para guarecerle y para salvarle. Y Jesus tuvo que salir del templo á causa de las divisiones y de las diferencias que suscitaba su palabra en el pueblo. Y al salir, habló de su divino

ministerio en estas sentencias llenas de compasion para sus enemigos é inspiradas indudablemente por la fortaleza que da el socorro y el auxilio de una elevada conciencia. «Vosotros sois de aquí abajo, y yo de lo alto; vosotros de este mundo y yo del otro. Y ninguno entre vosotros podria ir donde voy yo.»

Estaba de tal suerte pervertida la conciencia de los judíos; ignoraban con tan profunda ignorancia el divino misterio de espiritualismo ante el cual se veian y encontraban, que creyeron á Jesus capaz de darse, como cualquier estoico, la muerte. No sabian que en sus palabras iba encerrada la vida. No sabian que en su predicacion iba contenida la conciencia universal. No sabian que cada una de aquellas ideas era un mundo como la mayor parte de los puntos luminosos sembrados en las esferas son como otros tantos soles. No sabian que la tierra se llenaba de una nueva vida, los hombres de un nuevo espíritu, y los cielos de una nueva luz.

En estos dias celebraban los judíos la Pascua, relacionada, como todas sus festividades, con el éxodo de Egipto y el viaje á la tierra prometida. Los ritos figuraban, por tanto, la hora solemne de un adios postrero, la comida apresurada de quien se apercibe á una larga peregrinacion y los preparativos propios de tamañas empresas. En cuanto la media noche sonaba, reuníanse para tal cena, pan sin levadura que indicaba la precipitacion y la prisa, yerbas amargas recogidas al borde del camino, y el cordero Pascual, manjares bendecidos todos por el patriarca ó jefe de la familia, el cual explicaba sencillamente toda su significacion y describia los hechos históricos y religiosos que en todas aquellas ceremonias se conmemoraban y el sentido oculto de sus menores particularidades y accidentes. Al partir el pan ázimo y escanciar las primeras copas de vino, levantábanse los israelitas; mas se asentaban al comer las yerbas y el cordero, con lo cual quedaba concluida la ceremonia, que se completaba con deliciosísimo cantar en coros digno de las aptitudes músicas de esa raza semítica, sublime cantora del desierto, cuyas melodías tienen la monótona pero sublime resonancia del viento en las playas. En todos los siglos y en todas las religiones sentarse á la misma mesa, partirse el mismo pan, apurar el mismo vino, significa una comunion de ideas y de sentimientos que alimentan y sostienen á las almas como los manjares co-

munes alimentan y sostienen á los cuerpos. Así nada mas social que una mesa, que una comida en comun, y nada mas íntimo ni mas cordial ni mas propio para despertar toda suerte de sentimientos que la conversacion amistosa durante una comida y en torno de una mesa. Cristo, al salir del templo, sintió que sonaba la hora de su sacrificio, y al sentir que sonaba la hora de su sacrificio, aspiró á una última cena en compañía de sus discípulos, á quienes debia convertir en apóstoles para adoctrinar á todos los hombres y esclarecer é iluminar á toda la tierra. Dos discípulos fueron enviados, Pedro y Juan, para que alquilaran una habitacion y dispusieran todo lo necesario. Y allí, en aquella cena dejó instituida la comunion eterna de las almas entre sí por medio de la caridad y del amor; y de las almas con Dios por medio de la oracion y de la fe. Y para que nada faltase á esta obra sublime y redentora le ofreció su preciosa vida y la consagró con su divina muerte. Y desde lo alto de la Cruz, patíbulo ignominioso, quedó promulgada en todas las conciencias y trasmitida á todos los siglos la religion divina del espíritu.

Desde el siglo I al siglo V el cristianismo se constituye en la forma romana, ó sea en religion católica. Cuatro fases tiene la idea cristiana en este largo período de tiempo que podremos llamar para ajustarlas al lenguaje histórico, cuatro edades. La primera es la edad de los apóstoles, la segunda es la edad de los apologistas, la tercera es la edad de los Padres de la Iglesia, la cuarta es la edad de los grandes organizadores de la disciplina, la edad que podremos llamar por un nombre Romana y por otro nombre Católica. Setecientos años antes de venir Cristo estaba Roma fundada ya y tenia desde el comienzo los dos caracteres con que ha brillado en la historia; el carácter de una ciudad de conquistadores y de jurisconsultos. Para sujetar mejor á los pueblos seguia procedimientos singulares, no se contentaba con el dominio material, escogia otros medios mas eficaces y de mas duraderas consecuencias; combinaba en los municipios la autoridad propia con la autoridad sometida y el derecho romano con el derecho indígena en aquella fuente de la jurisprudencia que se denominaba el Edicto del Pretorio. Y lo que hacia en la política, lo que hacia en el derecho, hacia en la religion tambien, combinando con sábias combinaciones las creencias particulares de las provincias con las creencias generales de Roma, para lo cual erigia un Panteon de todos